

nuevos armamentos, la oligarquía militar en gran pujanza, la gloria eclipsando la libertad, los derechos del pueblo confiscados por la conservación de las recientes conquistas; y la dictadura cesárea con su sable de nuevo forjado y reluciente en las manos, arrojándonos para mucho tiempo del único eden que entrevemos en los desiertos presentes, del eden de nuestras esperanzas republicanas.

Aglomerar las razas quería á la sazón el Imperio. Y mirad lo que resulta en último término de esas aglomeraciones de razas en vastos imperios que son vastísimas ergástulas. El ejemplo de Austria es instructivo y capaz de disgustar á todos los repúblicos previsores del febril afán de las conquistas. Ese Imperio, sobre el cual se dibujan todavía las pálidas sombras de los hermanos de Carlos V; ese Imperio, que es un fragmento del horrible altar de la inquisición española; ese Imperio, medio gótico y medio bizantino, á quien no ha podido salvar ni la política reaccionaria de Metternich ni la política liberal de Beust, llega ahora, después de haber bebido la sangre de tantas razas, después de haberse engordado con la carne de tantos pueblos, á caer en la podredumbre y en la disolución de gangrenosa muerte.

Sus cortesanos no quieren oír hablar de guerras, sino de placeres; no quieren oír el cañón, sino las canciones, como si el Imperio fuera un serrallo inmenso. Cuando los prusianos triunfaron en Sadowah, aún quedaba una salvación al vasto Imperio herido, aún le

quedaba que tentar un dos de Mayo como el de Madrid, un sitio de sublime heroísmo como el sitio de Zaragoza. Para esto no tenía más que una ciudad: Viena, sí, Viena defendiéndose, Viena arruinándose al cañoneo de los prusianos para salvar, ya que no el poder, la honra del Austria. El emperador lo intentó, el emperador vencido fué á buscar un corazón en la ciudad enervada por el despotismo. Los cortesanos de Viena pidieron tan solo que les ahuyentaran las calamidades de la guerra, que los entregaran sin ninguna herida, sin ninguna de esas manchas de sangre que son las estrellas de la honra, á los brazos del vencedor, á la manera de aquellos caballeros de Farsalia que ocultaban el hermoso rostro como mujeres á los golpes de los soldados de César. Y después las dificultades se aumentan, las sombras se espesan, los alemanes de Austria vuelven los ojos á la patria común de su raza y maldicen á los cortesanos del Emperador, los húngaros se apartan virilmente de su contacto corruptor, los bohemios piden la nacionalidad perdida, los polacos murmuran viéndose engañados, los eslavos se aperciben á emanciparse, las asambleas están desiertas, los obispos rebeldes, la autoridad sin fuerza, el ejército sin prestigio, la alianza austriaca sin precio, la libertad sin resultados, y Viena, Nínive envenenada por tantos tiranos, se rie, se embriaga, canta, juega, goza, como esos epicúreos que gastaban el último sextercio de su bolsa y la última hora de su vida en la última orgía.

## CAPITULO LXXV.

### LA NOTIFICACION DEL IMPERIO ALEMÁN AL IMPERIO FRANCÉS, Y EL ESTADO GENERAL DE EUROPA.

El día treinta y uno de Diciembre de 1867 se celebraba en el palacio de la Tullerías trascendental ceremonia. Mr. Goltz iba á presentar por vez primera á Napoleón III sus credenciales como embajador de la confederación del Norte. El viejo diplomático estaba pálido, trémulo, balbuciente. Adivinaba las inmensas consecuencias que podía traer al mundo la notificación del nacimiento de una nueva potencia que ha venido á trastornar el equilibrio de la antigua Europa. Había también gente que atribuyera la inquietud casi angustiosa mostrada por Goltz al temor de una respuesta súbita, audaz, que fuese una declaración de esa guerra universal prevista por todos, como densa nube de langosta, cayendo sobre los campos de Europa. Las palabras de Goltz fueron breves; las del Emperador brevísimas. Había en ellas una afectación de cumplido social, de saludo urbano como para indicar que allí sólo se trataba de una de esas fórmulas de cortesía, que preceden á un duelo. *El Constitucional*, el periódico que lleva la voz de las grandes declaraciones, se

indignaba contra los que entreveían siempre una amenaza de guerra en las palabras de Napoleón III. Y no recordaba que si entreveían amenazas de guerra, era porque á ello obligaba la actitud del gobierno francés; la precipitación en votar la ley de armamento general; el millón de soldados que iba á tomar las armas; el empréstito que iba á caer sobre la plaza; el dinero estéril encerrándose en las entrañas del Banco de Francia; las terribles palabras de los periódicos oficiales; las angustias patrióticas de que hablaba siempre el ministro de Estado; los rápidos ataques y los insolentes desafíos á Italia; el ensayo de armas de todas clases hecho con una tenacidad sin ejemplo; y los artículos que salían sonando la trompa guerrera de una especie de oficina alquímica ó química sita en el ministerio del Interior, donde se extraía por no sé qué misteriosos alambiques una esencia llamada espíritu público. Los periódicos del gobierno, combatiendo á los alarmistas, se olvidaban de que ellos habían sido los primeros en sembrar la alarma. Y al estado á que ha-

bían llegado las cosas, en lo supremo de las circunstancias, convenia algo enérgico, extraordinario, ó una declaracion de paz que sólo hubiera sido eficaz con el desarme, ó una declaracion de guerra que sólo hubiera sido salvadora con decision y prontitud, como en los tiempos en que el Imperio no estaba herido de parálisis.

Al día siguiente de la entrevista Goltz partióse para Berlin. Los periódicos oficiales de aquende y allende el Rhin atribuyeron la ida del embajador prusiano á la imperiosa y premiosísima necesidad que tenia de consultar un oculista. Yo interrogué sobre tal asunto á un jóven médico prusiano que reside en París, amigo de Goltz y amigo mio, el cual me dijo que el embajador prusiano tenia entonces una vista de lince. La única catarata que acaso habia necesidad de operarle, era la muy espesa producida en sus ojos intelectuales por la proximidad al Imperio, á ese sol que le quemaba y le deslumbraba. Y el operador de esta catarata no era otro que Mr. Bismark, el cual llamaba al plenipotenciario prusiano para enterarle de las trascendentales revelaciones que se proponia hacer al Parlamento aduanero. Esta era una Asamblea de nuevo género que bajo la apariencia de arreglar los aranceles, de tratar cuestionés puramente económicas, afirmaba con grande autoridad las bases para una confederacion total de Alemania. En los bosques germánicos no nacen estos tribunos franceses, tan elocuentes, tan entusiasmados, que saben tocar con tanta destreza la campana de rebato, é incendiar con tanto furor la vieja Europa; mas en cambio nacen hombres rubios, de apariencia bonachones, de carácter linfático, que cogen una idea, la toman fuertemente como un arma, la esgrimen, y la realizan con una tenacidad de que no son capaces los nerviosos é inspirados sicofantas del Mediodía. De esta suerte, el pobre electorado de Brandeburgo, ha venido á ser toda la Alemania. Y no hay más que leer los historiadores alemanes, Gervinus, Hegel,

cualquiera, para convencerse de la superioridad que dan á su raza sobre todas las razas europeas. Aunque venidos tan tarde á la historia, y venidos con la tea en la mano para incendiar los templos de la civilizacion romana, y el martillo de Thor para demoler nuestras estatuas, se creen los dioses del mundo moderno, los renovadores de nuestra sangre corrompida, los fundadores del Cristianismo social, los que han sembrado los gérmenes de la individualidad y de la libertad con el feudalismo, los que han resucitado los municipios, los que han rejuvenecido la conciencia con la reforma y la han santificado con la filosofia, los que han cimentado en la libertad á Inglaterra con sus sajones, padres tambien de aquellos que, atravesando los mares, han escrito sobre las selvas vírgenes de la América del Norte el Evangelio de la democracia universal que ha de salvar al mundo moderno como la infusion de sangre germánica salvó el antiguo mundo. Y con tales ideas sobre la superioridad de su raza no hay para qué decir cómo suspiraran por el momento en que su raza forme una grande potencia, con derecho, con *señal*, para hablar su intrincado lenguaje, que tome la direccion política y moral de Europa.

Así es que se mostraban impacientes por concluir esta obra. En todas partes se apresuraban á nombrar los miembros del Parlamento aduanero. La *Gaceta de Carlsruhe* publicaba un manifiesto de varios influentes diputados de Baden. Segun los firmantes, «el ministerio de los diputados badenses en el Parlamento aduanero no se reduciria sólo á contribuir al decreto de leyes de union económica, sino que debia extenderse á una inteligencia íntima y á una completa union entre el Norte y el Sur de Alemania.» Los electores de Heidelberg, la gran universidad propagandista de la unidad, hallábanse divididos. Los unos querian que los diputados al parlamento aduanero se limitasen á pedir la rebaja de las grandes contribuciones que los

amenazaban, mientras la inmensa mayoría pedia que se invitase á Prusia á pasar la línea del Mein para unir el Mediodía de Alemania á la poderosa confederacion del Norte. Así es que los periódicos ministeriales de Bismark, declaraban ya con gran gozo que la línea del Mein es una línea imaginaria. Baden se hallaba á las puertas de Francia. El día que la Prusia llegara hasta allí, habria penetrado en el corazón de la Alsacia. ¿Seria este paso, preguntaba todo el mundo, como la trompeta apocalíptica que levante el espectro sangriento de la guerra?

Todo dependia de las alianzas de Napoleón. Si las tiene, decian los políticos, habrá guerra. Si no las tiene, hará de la necesidad virtud. Y á la sazón no las tenia. La expedicion á Méjico le enemistó con los Estados-Unidos. La expedicion á Roma le enemistó con Italia. El empeño puesto en minar el tratado de París á favor de Rusia, le enemistó con Inglaterra. La alianza austriaca le enemistó con Rusia. El Austria solamente le quedaba; pero al Austria no podia moverse, dividida por cuestiones internas de solucion dificilísima, desgarrada por una fuerza invencible de disgregacion y circuida de tres enemigos formidables: Italia, Prusia y Rusia. Si Mr. Bismark llegaba á lo que pretendia, á una alianza de Rusia con Inglaterra, á una inteligencia sobre la cuestion de Oriente entre estas dos naciones, que al ménos asegurase la neutralidad inglesa, Napoleon se encontraba aislado, encerrado en su jaula, frente á frente de su pueblo, que viéndose sin gloria, le pediria, por una de esas enérgicas veleidades del carácter francés, la confiscada libertad. Rusia debia estar muy segura de poder resolver la cuestion de Oriente cuando con tanta audacia la planteaba. La insurreccion de Creta se hallaba moralmente sostenida por la razon que asistia á este pueblo en reivindicar gloriosa independenciam, para su isla, que se alza, como una nereida, entre las armoniosas olas de los mares de Grecia é Italia, coronada

como en tiempos más felices, por la libertad. Pero la insurreccion de Creta se hallaba materialmente sostenida por Rusia. Un navío ruso acababa de violar el bloqueo puesto por los turcos. Pavoroso problema, en verdad, el de ese Imperio Ruso. Arriba, en lo alto, un despotismo que toca en lo alemán por lo espiritualizado, y en lo asiático por lo ostentoso; un César y un Papa armados, unidos en la personalidad semi-divina, de soberbio autócrata; en el centro una aristocracia que se arrastra herida sobre sus tierras removidas por los ukases imperiales; y abajo, en el fondo, unos siervos emancipados que se acaban de levantar como Lázaro de su sepulcro, reuniendo al individualismo germánico el comunismo semítico; pero todos inspirados por no sé qué ministerio legendario prometido por los ángeles de sus cielos interpolares, esos ángeles que batan sus alas, blancas como la nieve, en el seno de las auroras boreales, rojas como la púrpura, guardadores de un Apocalipsis nacional, que se resolverá en guerra espantosa, como no la han conocido igual ninguno de los siglos, cuyo recuerdo guarda la historia; guerra de exterminio como las irrupciones de los imperios asiáticos, y de religion como las cruzadas de la Edad Media.

Por fin se llegó á constituir entonces trabajosamente el ministerio italiano. Pero se constituyó con algunos hombres de negocios, con algunos administradores y hacendistas, los ménos idóneos para aquellos momentos en que principalmente se necesitaba la decision y la energía. Este ministerio no era más que un paréntesis. La izquierda del Parlamento acaso lo consentiria, porque la ascension de la izquierda seria una guerra con Francia, y para una guerra con Francia no estaba aun preparada Italia. Los italianos son los hombres políticos por excelencia. Yo no conozco en ninguna raza un arte más hábil para convertir las derrotas en victorias. De la derrota de Novara sacó la casa de Saboya su espléndida corona italiana; de la derrota de Custoz-